

FRANQUEO
CONCERTADO

EL AMIGO DEL POBRE

FRANQUEO
CONCERTADO

PUBLICACION QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

EL HIJO MARTIR

Fué la tarde de su primera comunión.

Después de visperas había ido á llevar un poco de alegría á la buhardilla donde habitaba su abuelita que había pasado el día rezando el rosario y renegando de sus viejas pier-nas que no le habían permitido ir á la iglesia.

Ahora volvía á su casa el monaguillo contento, el alma inundada de gozo, deseando vivamente comunicar la alegría que rebosaba de su corazón.

Anochece; la obscuridad empezaba á reinar en las calles y el niño apretaba el paso. Por fin llegó; era una casa estrecha y baja, poco distante de la iglesia: de pronto se detuvo, su semblante se entristeció, desapareció su alegría como un sueño.

Se sentó sobre la escalinata de la iglesia, bajó la cabeza y comenzó á llorar.

Había oído gritos de un hombre embriagado; exclamaciones de cólera, ruido de muebles rotos, blasfemias...

¡Virgen Santa—exclamó—hoy también!...

Todo el día en medio de los perfumes del incienso, de los cánticos celestiales de inefables emociones, y ahora tener que presenciar la degradación de su padre; esto era insuportable; el infierno después del cielo.

Su padre era uno de esos seres envilecidos en que ya no se distinguen sino los bajos instintos del bruto.

Obrero hábil, hubiera podido vivir con su mujer é hijo en modesto desahogo, pero su única preocupación era anegar su razón en un sinnúmero de copas de adulterada bebida.

Después, declamaba, con acompañamiento de feroces amenazas, contra los ricos, contra la religión...

Por la noche llevaba esos discursos á su hogar, saludando en el delirio de su embriaguez, la revolución de sus sueños, en donde los amos limpiarían las botas de los proletarios y se llevarían al patíbulo largas hileras de sotanas... luego entonaba refranes soeces que se terminaban con rompimiento de muebles...

Su mujer era del todo diferente;

tan laboriosa y económica como él perezoso y pródigo llevaba en su corazón un fondo inagotable de energía y de paciencia.

Jamás se quejó: ni una lágrima, ni una murmuración. Trabajaba; el pan que comía ella y su hijo era fruto de su sudor. Por nada del mundo hubiera tocado el dinero que algunas veces le daba su marido. Se sonrojaba al verlo brillar en su mano, y se preguntaba de dónde procedía. Estas dudas le hacían sufrir.

Hacía continuos y disimulados esfuerzos para sustraer al niño de la perniciosa influencia de su padre. Con qué admirable delicadeza le había inspirado horror profundo á los vicios impuros sin menoscabo del respeto debido á la infancia! Su hijo era su retrato y su consuelo. Nunca había sentido educador alguno carga tan pesada, pero para el corazón de una madre inspirada y sostenida por la fe, nada hay imposible.

Este día había tenido inefable gozo al verle recibir la Sagrada Comunión, y ayudar el Santo Sacrificio de la Misa.

Mientras tanto, en alguna infecta taberna el padre bebía hasta embriagarse.

En este estado había vuelto á su casa al anocheecer y promovía el escándalo que queda relatado.

¿Qué hacer? pensaba el monaguillo: entrar en ese infierno, para oír blasfemar, le parecía imposible; refugiarse en casa de su abuelita, pero estaba muy distante...

Tienta de pronto su bolsillo ¡ah! la llave de la iglesia: se le había olvidado; y pensando en que mañana se lo contaría á su madre dirigese al interior del templo.

Ha cerrado tras sí la puerta: el misterio, el silencio, la obscuridad que le rodean, impresionale vivamente; pero no tiene miedo, allí está Dios y le ama.

Andando de puntillas para evitar el ruido de sus pasos que sin embargoretumban en la bóveda, se acerca al altar, arrodillase y reza con fervor.

Hace profunda genuflexión ante el tabernáculo y se dirige al altar de la Virgen.

Allí ha pronunciado por la mañana la fórmula de consagración; le dirige una oración y se acuesta sobre la

alfombra al pie de la grada quedando pronto dormido.

De pronto, despierta; ¿será alucinación? le ha parecido oír ruido de pasos; frente, por una vidriera rota, entra una ráfaga de aire frío, ve moverse una sombra, un ladrón se abalanza hacia el sagrario...

Y él en lugar de esconderse, piensa que el malhechor trata de apoderarse del copón, donde el sacerdote había tomado la Hostia de su primera Comunión; se dirige allí resuelto.

Los crujidos de la puerta, ahogaban el ruido de sus pasos; pero cuando el ladrón se apoderaba del vaso sagrado, el monaguillo se abalanza de un salto y se apodera del copón robado.

El bandido levanta su escoplo que le sirviera para forzar la puerta y descarga terrible golpe sobre la frente del niño causándole una profunda herida, mientras dejando el copón sagrado en manos de quien le sorprendiera, huye en las tinieblas...

Al día siguiente el primer sacerdote que entró en la iglesia encontró tendido al niño, con la cabeza ensangrentada y el copón entre las manos. El tabernáculo forzado y la vidriera rota indicaban bastante el drama que allí se había desarrollado.

La emoción fué grande en toda la ciudad. Se hablaba con indignación de la escena escandalosa de que había sido teatro la casa del monaguillo la vispera por la noche, y los más astutos explicaban así la presencia del niño en la iglesia donde habria ido á buscar refugio.

Durante todo el día una muchedumbre inmensa desfiló delante de la cama donde descansaba con su vestido nuevo y lazo de primera comunión el monaguillo. Su horrible herida estaba disimulada con flores. De un lado su padre yacía consternado como masa inerte, lívido. Del otro la madre pálida también, derramando algunas lágrimas; se levantaba de cuando en cuando y sus labios buscaban aquella herida, pues se consideraba, con orgullo sobrenatural, madre de un martir.

Nunca hubo entierro más conmovedor; sus compañeros de primera comunión se relevaban para llevar el ataúd de su amigo, ante el cual marchaban como un coro de ánge-

les las niñas de primera comunión, vestidas de blanco y con flores en las manos; las damas principales de la ciudad acompañaban á la desolada madre; el padre seguía el ataúd con la frente baja, anonadado. Cuando la caja desapareció en la tumba se oyó un grito sordo y cayó desplomado.— ¿Quién hubiera creído dijo un testigo ocular, al salir del cementerio, que éste pudiera amar tanto á su hijo?

No se descubrió al ladrón asesino; pero lo que todo el mundo pudo observar fué la transformación que sufrió el padre del niño mártir.

Después de algunos días consagrados al dolor, se creyó que recaería en el vicio. Pero esta terrible sacudida había, sin duda, cambiado su naturaleza, porque desde aquel día no se le vió más con sus compañeros de desorden. En vez de embriagarse, trabajaba con ardor, su cara permanecía sombría; ante su mujer bajaba los ojos, tímido y casi avergonzado, y él, el impío, el enemigo de la Religión iba á misa cada domingo.

Iba á misa, pero se quedaba lejos, cerca de la puerta, y nunca levantaba sus ojos al altar.

Por la noche salía algunas veces, pero solo, cuando la obscuridad era grande, y cualquiera que le hubiera sorprendido hubiera también conocido el secreto del dolor que se había apoderado de él.

Evitando los caminos se dirigía, atravesando campos, al cementerio y se prosternaba ante la tumba, siempre cubierta de flores del hijo mártir; lloraba y sus labios murmuraban bajito:

¡Julio! ¿me has perdonado? ¡contéstame, hijo mío! mis tormentos presentes son el preludio de otros eternos ¿soy para siempre maldito por haber puesto sobre el altar mi mano sacrilega, por haber derramado la sangre de un mártir!

Y le parecía á veces que de la tumba subía una voz dulce como la voz de un ángel que le decía:

«Padre, no hay más que un crimen al cual Dios no concede el perdón; y es la desesperación».

LOS ANARQUISTAS

«Se creen ser la máquina que produce la verdad; esos regeneradores desordenados no hacen caso de nada ni de nadie; son unos pequeños dioses, anémicos y nerviosos que creen tener en su cabeza la Minerva de las delicias intelectuales y sociales. No quieren la ley, mientras quieren ser la ley de los demás; éstos han de tener su gozo, su criterio, y han de satisfacer sus apetitos intelectuales y regeneradores en la fórmula de los novadores, que así mismo se llaman *super hombres*; es decir, todo ha de quedar encerrado en la ley de su espíritu, que precisamente empieza

por predicarse independiente de toda ley. Son hombres que se tienen ya por completamente evolucionados y llegados á la perfección definitiva, y, naturalmente, en todos los órdenes, son los más tiranos y exclusivistas; en su concepto, fuera de ellos nada hay bueno: la humanidad en ellos comienza y termina; sintiéndose inspirados por un dios que no conoce el cielo, absorben de un golpe y por fuerza la dirección de los espíritus y quieren resolver á porrazos, si es preciso, las tesis más difíciles de la vida humana, y reducir á fórmulas angostas y balbucientes los misterios del Infinito.»

COMUNISMO

Era Juan Bartolomé un cantero comunista, y como propagandista, de lo mejor que se ve;

—pues sin perder sólo un día, ¡qué digo un día! una hora, con voz ensordecedora ¡todo es de todos! decía.

Uno que á Juan escuchaba aplicó á su beneficio la frase, y donde guardaba Juan los hierros de su oficio, muy fresco se fué á buscar un cincel que le faltaba, porque casualmente estaba el suyo sin afilar.

Mas Juan que se echó otras cuentas le gritó.—No seas *guaja*, y deja quieta esa caja donde están *mis* herramientas.

—¿Dices que *tuyas*?

—Cabales,

porque la J y la B dicen «Juan Bartolomé».

Esas son mis *iniciales*.
—Pues las tienes secuestradas en perjuicio del común:
¡Todo es de todos!

—Según...

que la herramienta es sagrada.

Fermin Sacristán.

AL PUEBLO

VII

Más de la *filantropía socialista*

Usando siempre la brevedad posible, porque temo cansarte, amigo mío, y agradeciéndote al mismo tiempo la atención que me dispensas, sigamos ocupándonos en las cosas del socialismo y en sus patentes contradicciones.

En estos tiempos, como siempre que la ocasión se presenta, lamentanse los *apóstoles* del socialismo y con ellos todos esos aspirantes á *jefes de grupillo*, á pesar de su antipatía á cuantos ordenan y mandan, de los crímenes del anarquismo, de las muertes y otros desastres que las guerras ocasionan y, como tema el más bonito para lucirse en sus proraciones mitinescas y sacar tajada arrimando el áscua á su sardina, de los actuales sangrientos sucesos de Rusia.

No les censuro, ¡lejos de mi tal cosa!, sus lamentaciones, sus execraciones contra la maldad imperante, antes al contrario, se las aplaudo yo también, que de pechos bien nacidos, de nobles corazones es

el condolerse de las desgracias que á nuestros prójimos afligen; pero es el caso que los hechos vienen á demostrar la falsedad del *dolor socialista*.

En números anteriores tuviste ocasión de verlo, y hoy he de recordarte algo más.

Quien odia el crimen, quien le execra ¿por qué, con gran entusiasmo, todos los años festeja la proclamación de la *Commune* en París en 1871, glorificando así la matanza y ruina, presentando como héroes á aquellos que más que hombres parecían fieras, recreándose en aquella orgia de sangre?

Demostrando están todos los días los socialistas que si execran el crimen, que si abominan de la tiranía, es de la tiranía y del crimen de los ricos, de los que mandan; viendo, en cambio, muy bien el crimen y la tiranía de los suyos.

Y por si esto fuera poco, ahí está el jefe indiscutible del socialismo español, el *insigne* Pablo Iglesias condenando, si, los irracionales atentados anarquistas, pero NO POR CRIMINALES SINO POR ESTÉRILES, pues «nada adelantáramos con reventar á un patrono; son sus palabras, ó con destruirle sus propiedades, si la explotación del proletariado seguía igual.» Estas palabras del jefe del *partido socialista obrero* no fueron dichas en privado sino en una reunión socialista celebrada en el teatro de Variedades de Madrid y por cierto que fueron muy aplaudidas. Cargue con este *sambenito* el partido socialista español y vénganos después lamentándose, de guerras, crímenes y atropellos.

Puestos los socialistas á hablar, en su humanitarismo, de la Iglesia católica y de los pobres, es cosa de taparse los oídos, tantos y tales con los absurdos y barbaridades que pronuncian. Claramente se vé que ni saben lo que es la Iglesia Católica ni conocen ninguna de sus infinitas manifestaciones de caridad, es decir, claramente se vé su ignorancia completa en este punto, como en muchos, y eso que, por el mero hecho de no ser católicos, debieran estar repletos de ciencia, si es verdad lo que ellos dicen de que *la religión es enemiga de la ciencia*, ¡pobres gentes! Bien dice el refran que «la ignorancia es atrevida.»

Seguramente tú, que no puedes dar un paso en la vida sin encontrarte con la influencia benéfica de la Iglesia de Cristo, no dejarás de reírte de estas *expansiones* socialistas que no parece sino que cuentan con un auditorio idiota.

Pero aún te puedo dar más pruebas de la ignorancia ó mala fé de los que ponen la Iglesia por enemiga del pobre.

¿Dije que te podía dar más pruebas? Te las va á dar un autorizado escritor socialista, para que todo quede en casa, que ni quiso hacer traición á las ciencias históricas, ni le pareció honrado obrar de mala fé; escucha lo que escribió Hyndmann:

«La Iglesia católica ha hecho algo más y mejor que consagrar la mitad de sus pesetas al socorro de los pobres, pues las cuentas aún existentes de los bienes de los conventos demuestran que considerable porción de aquellas rentas se destinaba á proporcionar albergue, alimento y ocupación á los que carecían de hogar y también á sostener otras obras de beneficencia.»

Y aún dado el caso de que se objetase que sumas importantes se sacrificaban al lujo de las solemnidades religiosas y al ornato de los templos, no por eso sería menos cierto el que los sacerdotes y abades fueron siempre los mejores terratenientes y que todo el tiempo que la Iglesia católica permaneció poseedora de su influjo y de sus bienes, la miseria y las priva-

ciones eran azotes desconocidos en las poblaciones donde tenía propiedades; la mejora que introducía en sus cultivos, trabajos y construcciones, los caminos que abría, todo esto junto con el celo que desplegaba en ayudar á los pobres, depurar las costumbres, fundar escuelas y atender con innegable solicitud á los enfermos, todo prueba que los religiosos tan odiosamente difamados fueron una bendición para la humanidad.»

Es muy de tenerse en cuenta también la solicitud que al Gobierno de la nación enviaron los obreros socialistas de Belleville (París) en la que pedían con urgencia la vuelta de las Hermanas de la Caridad á los hospitales, «dada la horrible situación de los enfermos con las enfermeras laicas», y la resolución del Municipio socialista de Marsella votando una subvención de 2.000 francos para las Hermanas de San Juan de Dios y de otros 2.000 para las Hermanitas de los Pobres, fundándose en que muchos colegas son admitidos en las Casas de estos religiosos y tratados con una ternura y solicitud que ellos NO CONCIBEN.

Queda, pues, perfectamente demostrado, que la Iglesia es la mejor protección del pobre y del obrero, tratándoles con una ternura y cuidado que los socialistas, tan humanitarios, no conciben.

Perfecto Amigo

LA ANTIGUA LEGISLACIÓN ESPAÑOLA

y el Misterio del Santísimo Sacramento

Ley 62. Título IV, Partida primera.

Nos D. Alfonso Rey, por honra del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, mandamos que los cristianos que se encontrasen con El (cuando es llevado á los enfermos como viático), que vayan con El á lo menos fasta el cabo de la calle do se fallaren; é eso mismo deben hacer los otros que estuviesen en la calle fasta que llegue el clérigo á la casa do es aquel á quien van á comulgar. E si algunos viniesen cabalgando, deben descender de las bestias; é si tal lugar fuese en que no lo puedan hacer, deben se tirar de la carrera porque (para que) pueda el clérigo pasar por la calle sin embargo (sin embarazo) alguno. Ca (porque) si los homes que se topasen (se encontrasen) con el rey temporal que fuese por algun lugar á pie, descenderían á él por facerle honra cuánto mas lo deben facer á Nuestro Señor Jesucristo que es el Rey sobre todos los reyes, é Señor de los cielos y de la tierra! Pero si fuese tal el lugar que ninguna de estas cosas sobredichas pueden facer, débenlo mostrar en otra manera cualquier, é facer reverencia la mayor que podieren: onde (por lo cual) todo cristiano que esto non ficiere, erraría mucho contra Dios é la fe, é daría mal ejemplo de sí, é caería en culpa, porque merecería gran pena si le fuere probado

Ley 63. Título IV, Partida primera
Cómo deben facer los judíos é los moros cuando se encontraren con el CORPUS DOMINI.

Acaesce á las vegadas (á veces) que

los judíos é los moros se encuentran con el *Corpus Domini* cuando le llevan para comulgar á algún enfermo... é por ende decimos que cualquiera de ellos ó otro que non fuese de nuestra ley (de nuestra religión) ó non la creyere (y), que se encontrare con el *Corpus Christi*, que fará bien si se quisier humillar así como facen los cristianos, porque esto es verdadera fe é non otra. Mas si esto non quisiesen facer, mandamos que se tuelga (se retire) de la calle, porque (para que) pueda el clérigo pasar por ella desembargadamente (desembazadamente).

Comentario del Sr. Eguren á la Ley anterior.

Trátase en esta Ley de la Partida primera nada menos que de la reverencia y acatamiento que son debidos al *Santísimo Sacramento*, asunto á la verdad el más grave y el más importante y sublime de que se puede tratar; con la más prudente tolerancia se permite al moro ó judío que encontrare al Señor en la vía pública, que fuerza por otra calle ó se retire, volviendo otra vez por donde vino, si así fuese su voluntad, haciéndose tan solo dulcemente y sin carácter de mandato la indicación de que hará mejor y será más grato si se humillase como hacen los cristianos.

No es sólo esta ley la que trata del mismo asunto, pues aquella mala gente mahometana debió sin duda alguna hacer alguna de las suyas, y dando por pretexto que no había por dónde retirarse, eludir el tributo de respeto que debía prestar. Así se deduce de otra Ley dada en concordancia y con posterioridad á ésta, en la que terminantemente se expresa que si un judío ó moro que viere venir el acompañamiento que precede al Señor, no hallase por dónde retirarse, en este caso se humillará.

(La Unidad religiosa y la historia)

Ley 2 de D. Juan I. en Briviesca, año de 1387.

Porque á Nuestro Señor son aceptos los corazones contritos y humildes, é el conocimiento de las criaturas á su Criador, mandamos y ordenamos que cuando acaesciera que Nos ó el Principe heredero, ó infantes nuestros hijos ó otros cualesquier cristianos viéramos que viene por la calle el Santo Sacramento del Cuerpo de Nuestro Señor, que todos seamos tenudos (obligándonos á acompañar fasta la iglesia donde (de donde) salió, fincar los hinojos (hincar las rodillas) para le hacer reverencia y estar así fasta que sea pasado; y que Nos no podamos excusar de lo así hacer por lodo ni por polvo, ni por otra cosa alguna: é cualquier que así no lo hiciere, que pague seiscientos maravedis de pena... E los judíos é moros que en la dicha calle estuvieren, se partan luego de ella y se escondan, ó finquen los hinojos fasta que el Señor sea pasado; é si

alguno de ellos hi ciere lo contrario que cualquiera lo pueda tomar sin pena alguna, y lo llevar delante de la justicia donde acaesciere y lo acusar.

Auto acordado de 23 de Mayo de 1711

Con motivo de haber encontrado el Consejo, viniendo á la visita general de cárcel, al Santísimo Sacramento que se llevaba por viático á un enfermo, y con la justa reflexión de cuánto debe venerarse tan Sagrado Misterio. y de los ejemplares de los señores reyes que han practicado la católica demostración de su real asistencia, mandó que aunque vaya junto á cualquiera función, si en el tránsito hallare á algún sacerdote que lleve por viático al Santísimo, dejen las coches el presidente ó gobernador y todos los ministros, y tomando el sacerdote el de dicho presidente, le acompañen á pie hasta dejarlo colocado en la iglesia de donde hubiere salido, y desde ella vuelvan á continuar el acto interrumpido, lo cual se ejecute inviolablemente.

TIEMPOS MEJORES

En un periódico agrícola, ajeno por naturaleza á los problemas políticos, encontramos un artículo publicado en honor de San Isidro Labrador, y con suma complacencia vemos que se hace justicia á los tiempos tradicionales.

Dice «La Liga Agraria»:

«No sabemos si en tiempos de San Isidro había tributos, creemos que no, á juzgar por la beatitud é integridad de los hombres de entonces.

Lo que sí se sabe, es que no había dinastías de políticos, que engañasen y perdieran á su país, ni gentes que sólo aspirasen á vivir del honrado trabajo de los demás.

Entonces los políticos espigaban los campos ya segados por el labrador que los trabajaba, y los labradores de hoy, además de trabajarlos y de espigarlos para los políticos actuales y tanto gandul empleado, que son los espigadores de entonces, tienen que entregar sus hijos para la guerra y la camisa para el presupuesto, porque no basta, no, lo que entonces sobraba por una sola labor...

Entonces respiraban los labradores las auras puras y embalsamadas de tomillares y mil flores silvestres, sin temores de que olfateasen su producción y su trabajo, para arrebatárselo, los sabuesos del fisco; entonces con la menor civilización y el menor progreso, se cosechaba más, se tributaba menos y se defendía mejor la integridad de la patria, pues el labrador era también guerrero voluntario; entonces las conquistas del derecho moderno que no conocían los pueblos, no los hacía vivir en un régimen de tiranías, de ficciones y de mentiras como hoy se vive; entonces se temía á Dios, no abrumaban á los labradores como San Isidro, los refinamientos de la civilización, eran los hombres justos y probos, se ejercía la caridad y no había elecciones municipales... ni concejales de oficio que se lamentaran del trabajo del labrador; entonces alcanzaba la agricultura para las necesidades públicas un franco y robusto desarrollo; entonces no contaba el país, á

pesar de su ignorancia y atraso, con el desnivel inmenso que ofrecen los gastos con relación a los ingresos; entonces no había que hacer economías, ni aumentar las fuentes de tributación, porque no había gastos para mantener las dinastías del presupuesto y sobraban las fuentes de tributación.

Todo elemento de riqueza contribuía entonces proporcionalmente, naturalmente, y desde el potentado que en la frontera conquistada mantenía el honor de las armas, hasta el campesino que labraba la tierra con el chuzo al lado, todos eran iguales y contribuían por igual a la mayor grandeza de la patria.

Murió San Isidro en 1172, dejando una patria trabajada por la guerra contra los moros; pero una patria con ideales, como puesta de hombres integérrimos, probados en la paz y probados en la guerra, sobrios, económicos, justos, trabajadores.

Notamos por aquellos tiempos de San Isidro.

Y a veces, hasta por su agricultura atrasada, libre entonces de las cábalas y de las concupiscencias de los tiempos presentes.

UN CASO COMO HAY MUCHOS

Le conocí trabajando de operario en una fábrica de esta villa.

Entró de muy niño, apenas salido de la escuela.

Después el trato diario con algunos poco recomendables compañeros de taller, el deseo, luego, de aparecer tan *pillín* como el que más y más tarde el afán inmoderado en leer libros y periódicos socialistas, que continuamente llevaba en el bolsillo, hicieron de él un furibundo *apóstol sectarista*.

Por razones especiales, que no son pertinentes al caso, tuvo el tal *apóstol* trato frecuente, algún tiempo, con un señor sacerdote, quizás el único, dado su manera de ser y pensar, que habrá tratado en su vida.

De dicho respetable y bondadoso señor no recibió sino atenciones y deferencias que aun hoy sigue otorgándole a pesar de haber dejado, por su libérrima voluntad, el trabajo de la fábrica para dedicarse a otro que tiene poco de laudable.

Pues bien; leí estos días en algunos periódicos que este sujeto anda de vez en cuando por los mitines socialistas perorando contra la *maldad* de los curas, contra sus *atropellos incalificables*, poniéndoles poco menos que como alimañas a las que conviene destruir, lo mismo que aquel otro que igualmente *tronaba* contra la *opresión clerical* y resultó que la tal *opresión*, para él, había sido un apretón de manos que su constante protector, un señor sacerdote allí presente que le replicó como debía, le dió gozoso al manifestarle en cierta ocasión que le había encontrado trabajando. Si sólo la verdad fuese permitido hablar, castigándose severamente la

mentira en perjuicio del prójimo, cuánto iría ganando el pueblo y cómo veríamos desaparecer bien pronto todos esos *oradores populacheros*!

J.O.F.

(nó digite estas letras)

DE AMÉRICA (Para los emigrantes)

Dadas las exigencias del actual comercio en aquellas Repúblicas para alcanzar en él un puesto no muy alto, se dice en una correspondencia inserta en un periódico montañés, sintiendo no recordar el nombre del autor, se necesita conocer tene-duría de libros, cálculo mercantil, escritura mecánica, taquigrafía y algún idioma, aparte del propio, que aquí debe ser el inglés. Con estas armas y muchas fuerzas de voluntad para esgrimir las, el emigrante viene a un país de esperanzas, sin que ellas le conduzcan muy lejos, porque los millones escasean bastante; las fortunas no se improvisan, y afortunado puede considerarse el que al cabo de algún tiempo conquista un honesto modo de vivir.

La familia artesana ó agricultora viene a una competencia imposible: el obrero nacional produce poco, pero consume menos, llegando a competir en el campo y en el taller con las máquinas más económicas.

Por eso la desmedida emigración hacia este país tiene y tendrá mal suceso mientras no venga en las condiciones apropiadas al medio en que ha de funcionar. Y urge corregir, en lo posible, tan grave daño con una activa propaganda, que debe partir de aquí para que sea más eficaz; de los consulados y de los centros oficiales de las colonias. Hay que llevar a las aldeas y los villorrios muchas verdades que ya no debieran de estar ignoradas.

Hay que decir a los ilusos que América ya no encierra maravillas; que el progreso abrió de par en par todas las puertas y entregó todos los éxitos y riquezas al trabajo y la constancia, sin guardar para nada sorprendentes acontecimientos. Hay que decir a los ilusos que aquí la lucha es tan encarnizada, por lo menos, como allá, que son en escaso número los vencedores, en comparación con los vencidos; que cae dentro de lo absurdo desprenderse del hogar y la familia sin más garantías que la ilusión...

El Oriente de Asturias

LA FRESA

Según opinión de Gresner, este agradable fruto ha aliviado muchísimo a personas atacadas largos años del mal de piedra. Holmann cita curaciones de tisis. Empleá-se también contra la tenia y el constipado. Linné recurría a esta medicación para prevenir los accesos de gota que le ha-

bían hecho sufrir horriblemente. Se usa con notable éxito contra los reumas. Según recientes análisis, la causa de estos admirables efectos se deben a una considerable cantidad de ácido salicílico que la fresa contiene. Hay que tomarla en ayunas, a grandes dosis, sin lavarla para que no pierda el aroma, cogida la tarde anterior y sin aderezarla. No se olvide que es perjudicial para las enfermedades de la piel.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Podemos facilitar colecciones de «El Amigo del Pobre» año 1906, al precio de 2 pesetas.

Bibliografía.—De Banapa (Fernando Poo) hemos recibido la importante revista quincenal «La Guinea Española» con la que gustosos dejamos establecido el cambio.

Diaconesas protestantes.— De las seis diaconesas protestantes que sustituían a las Hermanas de la Caridad en el hospital de Albi, dos se marcharon hace poco; la una so pretexto de que Albi no le gustaba, y al otra porque prefería cuidar a los suyos más que a los extranjeros; pero la verdadera causa es que la muerte hizo estragos durante el mes de Febrero, tanto en la ciudad como en el hospital, y la abnegación de dichas diaconesas no llegó hasta el punto de exponer su vida por los pobres. Así hicieron las enfermeras laicas en Marsella no hace mucho, y fue preciso llamar a las religiosas, que acudieron en el acto.

¡Que ya no hay milagros!— En la capital castellana, el médico don Manuel Laza de Berzosa asegura bajo su firma que no puede explicarse naturalmente la súbita curación de una religiosa del monasterio de Santa Brigida de dicha ciudad que hacía ya tiempo venía padeciendo una *amourosis* incurable, y que repentinamente recobró la vista. Dada la clase de padecimiento, dice el expresado doctor, «tenido por incurable por todos los autores: en relación con la práctica de todos los médicos, así como en la mía de treinta y cinco años, donde por desgracia he tenido ocasión de ver a todos los enfermos de la citada dolencia vivir hasta la muerte sin recuperar la vista; las circunstancias de esta religiosa; su fé puesta en San José de una manera firme y segura; la forma y manera como súbitamente tornaron sus ojos a la vista, induce a creer que fué obra de una fuerza superior a la naturaleza humana, puesto que la inteligencia, ni la ciencia del hombre lo explica ni comprende, pese al actual racionalismo.»

«El Amigo del Pobre» Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100	cada quincena	5 pts. al mes.
120 núms. (60 por quincena)	3 » al »	
80 » (40 »)	2 » al »	
40 » (20 »)	1 » al »	
20 » (10 »)	0'50 al »	

Incluidos gastos de correos sin certificar.

Los encargos y suscripciones de la localidad en el comercio «La Epoca», San Bernardo, 23.

La correspondencia de provincias dirijase al Director de «El Amigo del Pobre.» Gijón.

Imp. de «El Popular»